

EL COMETA.

*Y escusemos los dares y tomares
Que el hablar claro, siempre fué mi maña,
Y me como tras ello los pulgares.*

JORGE PITILLAS.

ESTE PERIODICO SALDRA CUANDO SALIERE.

N. 11) LIMA, MIERCOLES 27 DE ABRIL DE 1842. (1 RL.)

UNA MISA NUEVA.

¡No es trabajo el que yo tengo! Lo mismo es que sepa que en tal parte hay funcion, ó cosa así, cuando cateme U. allá aunque sea con las tripas en la mano. No parece sino que Dios me ha creado con el unico fin de oler lo todo y de verlo todo, así como á ciertos jefes de oficina para enredar expedientes. ¡Que se ha de hacer! Cada cual tiene su flaco en esta vida miserable. A unos les da por ser presidentes; á otros por ser ministros; á otros por quitarles las pelusas á los presidentes y á los ministros; á otros por vanos y fachendosos; á otros por arreglar el mundo á fuer de guapos; y á otros, entre los cuales me cuento yo, por curiosos y criticones. Y ahora que viene á pelo lo de critica y cu.

riosidad.) No ha muchos dias que se altercaba en una casa, presente yo, sobre quienes serian o no serian los Editores del "Cometa" Una de las concurrentes que estaba en autos, como dicen, me miraba mientras tanto con cierta risita maliciosa, y esto bastó para que cayese en cuenta toda la tertulia que era yo uno de ellos. Aqui fué entonces lo de—¡Jesus, q' lengua tiene U.—La cruz le hago á U!—¡Dios me libre de U!—¡Que murmuron que es U!—¡Que mordaz es U!....—Alto ahí, les dije yo ya algo picado a los que me dirijian tales pullas. Tengo a guna parte, no lo niego, en la redaccion de ese papel; pero si estoy en la precision de salpicarla con tal ó cual satirilla, no es con el objeto, como ustedes creen, de agraviar á nadie, sino con el de corregir ciertos abusos que se notan en nuestra sociedad, ó hablando mas francamente, para disimular su desabrimiento. Si espíritus malignos hacen picantes alusiones de mis pobres articulos, ó si jenios suspicazes y maliciosos aplican algunos de sus pasajes á sujetos conocidos, a mi no se me culpe, lo repito, porque no han sido, ni son tales mis intenciones. Entiendase esto mismo por lo que diga ó haya dicho con respecto al gobierno que nos rige. Amante, como el que mas, de su conservacion y dignidad [no porque dependa de él mi suerte particular, sino porque lo creo lejítimo y nacional] querria, de todo corazon, que sus actos administrativos fuesen marcados todos con el sello de la firmeza y de la ley; tanto por el bien que de ello reportara la nacion, cnanto porque los estraños

no nos viesen como á un trapo. Si sus errores ó desvios gubernativos diesen lugar á mi insulsa crítica, el amor de la patria dirigirá mi pluma únicamente, no intereses mesquinos ni ideas desorganizadoras: no es en ella donde se gana honra ni prest escribiendo para el público; ni nadie me podrá afrontar tampoco que me ha visto afiliado nunca en ninguno de los partidos que la han hecho trizas. Sirva esto de norte para que se me juzgue en adelante."

Pero echando á un lado la escena antecedente, que sin quererlo yo me ha puesto el gesto algo arrugado, vuelvo á tomar con mi buen humor el hilo enmarañado de mi cuento. Decía pues....pero maldito si me acuerdo ya de lo que decía. Soy tan frágil de memoria que temo que un día de estos me nombren, ministro de hacienda, ó me hagan cuando menos depositario ó albacea. Decía pues.....¡ah! ya me acuerdo, Decía: que como soy tan *correvellito y oleton*, como dicen mis paisanas, siempre ando de fiesta en fiesta, y que así perderé una de ellas como no hablar un militar de postergaciones y muchachas.

Llevado pues de esta mania irresistible asistí en días pasados á cierta iglesia de esta capital, en donde un recién presbítero debía cantar su primera misa, ó como dicen en mi tierra, en donde había una misa nueva. Colocado con anticipación al lado de un confesonario pude observar menudamente y á mis anchas cuantas escenas se representaban en el templo, que, á decir verdad, no eran

propias las mas de ellas de un sitio tan santo y respetable. Por alli un joven de frac—levita, que merced á la apretura, se codeaba con su *filis* le dirijia mil requiebros amorosos que ella no dejaba sin respuesta. Por allá se hacian ñiscas dos tapadas los mantos y las sayas por dar fondo á los postizos. Por mas alla los muchachos y los perros, que no eran pocos, chuiaban, ladraban, y se enredaban entre las piernas de los concurrentes, causando de este modo un barullo inaguantable. Todo este desorden, esta confucion, no amainò, como dicen los marinos, hasta que no entonó el celebrante su primer *Dominus vobiscum*.

No hago aqui una descripcion del santo sacrificio porque no soy capaz de creer que mis lectores no la s'pan, á menos que no hayan entrado tambien en la moda de no oir misa, en cuyo caso allá se las avendrán en el purgatorio; aunque tengo para mi que harto purgatorio sufrimos los peruanos, y no sè si diga demasiado infierno, con las cosas que por acá nos pasan. Concluida que fue la misa volvió el desorden a su primer estado, ò mejor dicho, se aumentò de tal manera que no parecia ya eso casa de Dios, sino una cofradia de Angolas o Mozanbiques, Puñetes, patadas, pellizcos, codazos, empellones, nada se escaseó entonces para acercarse al nuevo cristo: nada para darle los parabienes y para besarle las manos, que estaban que trascendian, como dicen mis paisanitas. Saló al fin el sacerdote de la iglesia acompañado de sus padri-

nos y parientes, y no digo de la multitud por que esta no lo acompañó, sino que lo condujo á enpujones. Manso sin embargo, inperturbable, ó haciendo de la necesidad virtud como el oficial encargado de pagar los montepios y asignaciones, se dejó llevar hasta su casa de este modo, en donde se renovaron con mas calor los besos, los parabienes y las adulaciones.

Paso por alto los obstaculos que tuve que vencer para introducirme en la sala del banquete, y eteme ya en ella recorriendo mi cansada vista sobre una mesa provista abundantemente,

De pavos y de gallinas.

De enrollados y jamones,

De salchichas, de pichones,

De mariscos y sardinas.

De helados, de jelatinas,

De frutas de jugo y hueso,

De licores con exeso,

De leches fritas y asadas,

De pasteles, de empanadas,

De aceitunas, pan y queso.

¡Loado sea Dios! exclamé sin poderme contentar viendo tal profusion de manjares, y un recuerdo melancolico vino al mismo tiempo á martirizar mi imaginacion. “¡Dentro de una hora, decia yo, desaparecerá para siempre el orden y simetria que aqui reina, tal como desaparecen de un momento á otro el poder, la injusticia y el orgullo de los hombres.! Pero ¡que Demonio! repuse despues volviendo en mi, ¿he venido yo aqui á filosofar, ó á divertirme? Adelante con

la cruz por mas pesada que nos sea.

Tremebunda contienda se armaba mientras tanto entre los concurrentes sobre la ocupacion de los asientos, porque convidados y no convidados querian tomar parte en la *bucolica*, como sucede por desgracia en nuestros disturbios politicos; pero prevaleciò tambien alli el derecho del mas fuerte, asi como, Dios mediante, prevalece en todas partes. Diose por ultimo la señal de ataque; enristraronse tenedores y cuchillos, y empezaron à inflarse los carrillos y à destaparse botellas. En tanto que los comelones guardaban un silencio sepulcral, interrumpido solamente por el repiquete de los platos y cubiertos, un ruido infernal se dejaba oir de la parte de afuera ocasionado por la inmensa jente, que à pesar de los golpes y enpujones que daban à la puerta no podian conseguir se las abriesen; y si à esto se añade el que formaban en el interior los que iban y venian de la mesa à la cocina, y los golpes repetidos del bombo de la musica, que estaba tambien adentro, se podrá formar una idea exacta de como estaria mi cabeza. La testera de la mesa era ocupada por el nuevo ministro del Altisimo y sus padrinos, y los costados mas proximos por varios curas y otras personas de copete, entre los cuales se distinguian por lo lucios y rollisos dos reverendos, que à mi se me figuraron de muchas campanillas desde que me los eché à la cara. Uno de ellos tenia estendido sobre las faldas del santo habito un ancho pañuelo de pallacate, en donde al des-

cuido y con cuidado, y sin perjuicio de lo que engullia, iba amontonando de cuantos manjares allí se presentaban. El otro tenia á sus espaldas un lego descarnado y macilento al que le alcanzaba en abundancia hasta de las cosas mas grasientas, y que el buen hermano, como si dijéramos bajo santa obediencia, iba sepultando en ambas mangas. “¡Anchas y benditas mangas, exclamaba yo entre mi mirando tal maniobra, mangas hospitalarias y pacientes, comparables solo á esta mi pobre patria, asi abrigais vosotras sin distincion, y aunque os curtan de manteca, al salchichones de Jenova, al jamon de Chiloe, y al queso de flandes, como ella nutre, alivia y alimenta á tantos que no son sus hijos, aunque despues le aprieten el *gañote!* ¡Que fuera de los que han *gazuza* en este mundo, si los que tienen necesidad de usaros se acordaran alguna vez de lo que les dice no sé quien en no se donde: *Convivia publica fugiant!* Interrumpieron en este instante mis exclamaciones los fuertes golpes que se daban á la puerta, acompañados de una voz estentorea que decia desde el patio: abrid, abrid pronto que aqui estan las niñas. En efecto, se presentaron estas á poco rato hasta en numero de veinte y tantas; pero como los comelones les hicieron tanto caso como el que le hacen las levas á los pinganillas, tuvieron que pasar á una de las piezas interiores en donde dos oficiales de infanteria se encargaron de hacerles la corte. ¡Malditos militares! de todo se han de hacer los dueños. No tienen ellos la culpa, me respondera cualquiera,

sino quien les cede el campo.

Mucho paño en que cortar se me figuraba á mi tener despues de la mesa de once con el baile, la malilla, y otros entretenimientos que en tales fiestas se acostumbraban otro tiempo; pero me sucedio a mi en esto lo que á *Monsiur Daste* con sus calculos diplomaticos: me engañé de medio á medio. De toda esa numerosa concurrencia, que antes sofocaban y aturdian al sacerdote y á su familia con sus placemes y ofrecimientos, no quedaron en la casa despues de levantados los manteles mas que las señoras, los oficiales mencionados, y tres ó cuatro juvenes parientes ó relacionados de ellas; y no fue lo peor esto, sino que se mandaron mudar todos sin decir siquiera *muchas gracias* por haber sacado el vientre de mal año.

Como no me agrada hacer nunca un papel triste [motivo por lo cual jamas visito á personas de gran valer] tuve que tomar tambien las de villadiego, no con poco sentimiento, lo confieso, porque soy como las mujeres que me gusta oletear las cosas hasta el concho.

“¡Fiese U. en las adulaciones de antes de comer, iba yo diciendo por el camino, ó lo que es igual en las que se prodigan antes de conseguir! ¡Cuantos habrá por ahí que merced á ellas, y sin tener ni los servicios ni los conocimientos necesarios han logrado un buen empleo, y que no obstante no se acuerdan ya de sus benefactores mas que para censurarlos! ¡Cuantos de los que han asistido á esta funcion la criticarán mañana, despues de haberse divertido

y locupletado en ella! Gracias á Dios que yo no entro en la cuenta porque nada les he comido, y que no me han de decir como á los otros": *comida acabada amistad deshecha.*

POLICIA.

Hè aqui un asunto que en nuestro número anterior principiamos bajo otro epigrafe, y que nos proponemos continuar en este bajo el que tienen á la vista nuestros benignos lectores. Escriban otros de politica, y entre tanto escribamos nosotros d^a policia, parezca mal a quien le pareciere, y aunque se nos prodiguen por todas partes los epitetos de mordaces y criticones; cosa que por cierto seria sobremanera injusta, pues nuestro objeto (lo confesamos desde ahora para entonces) no es *morder* ni *criticar* á persona alguna, ni Dios lo permita, sino por el contrario elojiar y poner por las nuves nuestras costumbres, y modo de vivir, en todo lo que tenga relacion directa ó indirecta con el titulillo arriba mencionado; es decir, con la policia.

Señores mios, exclamará aqui alguno de aquellos hombres que suelen abundar en todos los lugares habitados del mundo, y cuyo unico oficio es *no hacer nada de provecho*, y *censurar* y *reprobar* cuanto hacen los demas, no es este el objeto a que deberian consagrar UU. sus tareas editoriales: mil cosas se presentan todos los dias de mayor interés público, y mas dignas de ocupar las cólumnas de un periódico. UU. no son muy felices en la eleccion.—No lo entienden.—